

SS-DF

141

TESORO DE LAS NIÑAS

ARREGLADO AL

TESORO DE LOS NIÑOS

(APROBADO POR REAL ORDEN DE 30 DE ENERO DE 1879)

DISPUESTO PARA TURNAR LA LECTURA
ENTRE ALUMNOS DE AMBOS SEXOS

EN ESCUELAS INCOMPLETAS

POR BLAS CE MONLAU

SEXTA EDICIÓN

MADRID

LIBRERIA DE HERNANDO

calle del Arenal, núm. 11

1885

TESORO DE LAS NIÑAS

BANKO DE LAS INDIAS

B.P. de Soria



61169168
SS-DF 141

TESORO DE LAS NIÑAS

ARREGLADO AL

TESORO DE LOS NIÑOS

(APROBADO POR REAL ORDEN DE 30 DE ENERO DE 1879)

DISPUESTO PARA TURNAR LA LECTURA

ENTRE ALUMNOS DE AMBOS SEXOS

EN ESCUELAS INCOMPLETAS

POR BLAS CE MONLAU

SEXTA EDICIÓN

B

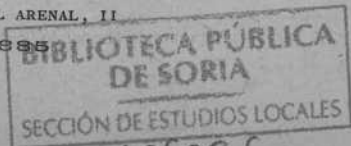


MADRID

LIBRERÍA DE HERNANDO

CALLE DEL ARENAL, 11

1885



136096

Es propiedad, y se perseguirá
con sujeción á la ley al que lo
reimprima sin licencia.

Imprenta de Hernando, calle de Ferraz, núm. 13.

TESORO DE LAS NIÑAS



Sucinta idea física y moral de la criatura humana.

Consta de dos partes principales: una de ellas material, que se titula *cuerpo*, y otra moral, llamada *alma*. Los caracteres distintivos de la primera son las formas y propiedades exteriores que pueden observarse con el auxilio de los sentidos; la moral pertenece á la inteligencia, y sólo puede comprenderse con un discurso recto de la razón, aconsejada por la buena doctrina.

Nuestro cuerpo, que consta asimismo de una parte *sólida* y otra *líquida*, se halla cubierto de una piel ó tegumento con innumerables agujeros diminutos, por los cuales se

comunican el interior y el exterior. Á esos pequeñísimos agujeros imperceptibles á la simple vista se les llama *poros*, los cuales se ensanchan por el calor y se estrechan con el frío.

Debajo de esa *piel* ó epidermis hay otra mucho más fina y delicada, que preserva al interior y se la designa con el nombre de *mucosa*.



La parte sólida del cuerpo humano es un compuesto de diversos tejidos, que se reducen á las tres clases siguientes:

El *celular*: hueco, esponjoso y susceptible de reformarse ó modificarse. De esa modificación resulta el tejido *carnoso*, que forma los músculos ó agentes del movimiento. El *ner- vioso* es una sustancia blanda y generalmente blanca, en la cual reside la sensibilidad, ó sea el tacto.

Todos esos tejidos y órganos son como el vestido que cubre la parte más esencial de

nuestro cuerpo, es decir, la causa que determina sus formas. Constitúyena un almacén de huesos, llamado *esqueleto*, compuesto de tres partes: *cabeza*, *tronco* y *extremidades*.

*
* *

La parte líquida de nuestro cuerpo, que es mucho mayor que la sólida, consiste en una cantidad de agua que tiene en disolución ó suspensión varias sustancias. Esa es la *sangre*.

Á los fenómenos ocasionados por la acción de las partes *sólida* y *líquida* que componen nuestro cuerpo, se da el nombre de *órganos* ó instrumentos; á la reunión de varios órganos concurrentes á un mismo objeto ú acto, llamamos *sistema*, y á los efectos producidos por un órgano ó aparato, denominamos *funciones*, las cuales son de dos clases: de *nutrición* y de *reproducción*. Ambas son comunes á todos los vivientes y encaminadas á la conservación del individuo y de la especie.

*
* *

Hay asimismo otras funciones, que titulamos de *relación*, porque nos hacen susceptibles de movernos y de sentir, de conocer lo que pasa en nuestro interior ó en los objetos que nos rodean. Á consecuencia de esto, el organismo toma el nombre de las funciones á que concurre, llamándose de *nutrición*, *locomoción*, *sensibilidad*, *digestión*, etc.

*
* *

La *cabeza* consta de dos partes: la *cara*, parte anterior, compuesta de una porción fija; con algunas cavidades para los órganos de los sentidos, y otra movable, formada por la mandíbula inferior; y el *cráneo*, porción posterior ó especie de caja compuesta de varios huesos planos, que encierran y protegen el cerebro.

En la parte más elevada del cuerpo y anterior de la cabeza, denominada *cara* y *rostro*, están colocados los órganos de la visión, llamados *ojos*; el del olfato, *nariz*; el del gusto, la *boca*; y á los lados, el del *oído*.

*
* *

Los *ojos*, cuya forma es casi redonda, nos avisan de los peligros que nos rodean, é invitan para que admiremos la hermosura de la naturaleza. Sin ellos no sabríamos darnos razón de los resplandores del sol, de la luna y de las estrellas: sentiríamos los efectos sucesivos de la presencia ó del alejamiento de éstos, pero nos sería imposible conocerlos; no podríamos admirar uno solo de los múltiples encantos que embellecen el mundo.

Una línea curva y vellosa, cruzada horizontalmente sobre cada uno de los ojos, á cuyas líneas llamamos *cejas*, los preservan del sudor que rueda de la frente cuando el calor dilata demasiado los poros de su piel, y dos membranas ó pieles transparentes y móviles, armadas de arqueadas pestañas, cerrándose y abriéndose ante los ojos, los defienden contra los miles de átomos ó cuerpecillos extraños que hay en el aire, contra la influencia de éste, que los secaría, y contra los constantes efectos de la luz, que los haría envejecer prematuramente. Extendida sobre todo

el globo del ojo tenemos una atmósfera de agua denominada *humor lagrimal*, cuya misión consiste en facilitar los movimientos de los párpados, suavizar el roce de éstos con el globo mismo del ojo, y, como queda dicho, preservar al órgano de cuanto le perjudica. Ese líquido suele verterse cuando advertimos algún efecto de excesivo pesar ó alegría, y sus gotas, así derramadas, son las que llamamos lágrimas.

Los ojos no son fijos; se mueven en todas direcciones, merced á seis cuerdecitas ó nervios que se comunican con ellos.

*
* *

Debajo de los ojos, al centro de ellos y sobre la boca, está la *nariz*, órgano del *olfato*, ó especie de protuberancia cartilaginosa con dos orificios, por los cuales aspiramos y se renueva el aire que mueve el diafragma, elemento principal de la existencia ó especie de pañuelo extendido que se agita sobre el estómago sosteniendo el ejercicio de los pulmones. La mi-

sión del olfato es anunciarnos oportunamente la bondad ó malicia de los manjares con que nos sustentamos, y el peligro que corremos permaneciendo largo rato en sitios donde se hallen materias en putrefacción ó descomposición tal que vicien el aire que se respira.

La *boca* se halla guarnecida por un labio superior y otro inferior, que contribuyen á moderar la respiración, á preservar la humedad del paladar y la de la lengua y á pronunciar acabadamente las palabras. La lengua, que tiene su nacimiento en la parte más inferior de la boca; la bóveda ó paladar, que es la parte superior; las encías, ó punto de que están sujetos los dientes; las fauces, por donde pasan al estómago todos los alimentos; los músculos, en fin, guardados por los labios, y los labios mismos con ellos, son los que constituyen el órgano del *gusto*, en virtud del cual percibimos las propiedades esenciales de los alimentos y bebidas que nos proponemos fiar á la acción del estómago.

Las *conchas* ú orejas están colocadas en línea recta de los ojos, á uno y otro lado de la cara, con aparatos dispuestos para la percepción de los sonidos; su estructura inferior se asemeja á la forma de una trompeta, con un tímpano donde se producen las vibraciones del aire. Este órgano, llamado del *oído*, es tanto más importante cuanto sin él, no solamente desconoceríamos los acordes que conmueven el ánimo, le recrean y le embelesan, sino que nos veríamos imposibilitados de la inteligencia con nuestros semejantes. Por lo mismo que el sentido este es tan preciso, conviene conservarlo diligentemente, evitando los efectos bruscos de los sonidos fuertes ó estrepitosos, lo mismo que para conservar la vista evitaríamos los accidentes repentinos de la luz.

*
* *

El *tacto*, que es el quinto y último de los sentidos corporales, se halla extendido por nuestro cuerpo de tal manera, que no es fácil tocar ligeramente la menos sensible de las ex-

tremidades sin experimentar sensaciones; pero donde más activas suelen manifestarse éstas es en los ojos, el oído, el paladar, las plantas de los pies y en el interior de las manos.

No siempre basta que veamos los objetos; es preciso también algunas veces conocerlos en sus propiedades exteriores, y para esto es el tacto un excelente auxiliar, porque, sin él, los ojos los encontrarían siempre á igual distancia.

El tacto es el sentido más general en el reino animal, y se transmite al cerebro por las papilas de la piel ó tegumento que cubre el exterior del cuerpo y por las de la *membrana mucosa*, que tapiza interiormente las vías respiratorias y digestivas.

*
* *

El *tronco* tiene por eje la *columna vertebral*, dividida en las cinco regiones siguientes: la *cervical*, compuesta de siete huesos colocados unos detrás de los otros; la *dorsal*, de doce, en los cuales se fijan las costillas del

pecho; la *lumbar*, de cinco; la *sacra*, de otros cinco, soldados entre sí, formando el hueso llamado sacro, y la *caudal*, de tres muy pequeños y ocultos bajo la piel. Además de la columna vertebral, comprende el tronco *doce pares* de costillas ó arcos huesosos, que rodean la cavidad del pecho, agrandándola ó disminuyéndola para la respiración. Los siete primeros de estos arcos se unen con el *esternón*, que es otro hueso plano en la parte anterior del pecho. Las otras cinco costillas se denominan *falsas*, y rematan en la parte anterior por un cartilago que se une con la precedente.



Dentro de esa caja ó cavidad reside y funciona el aparato respiratorio, que consiste en un tubo aéreo compuesto de *laringe* y *tráquea* ó garguero, que al entrar en el pecho se divide en dos *bronquios*, uno para cada pulmón. Estos bronquios se subdividen achicándose

hasta terminar en células ó vesículas formadas por una tela delicada, llamada *mucosa*, por la cual discurren á manera de redes los vasos de las arterias y *venas* pulmonares.

*
* *

Los *pulmones*, llamados *livianos* ó *bofes*, son dos, izquierdo y derecho, y sus funciones la *inspiración* y la *expiración*, ó sea entrada y salida del aire, y la *sanguificación* ó cambios de la sangre venosa en arterial por la acción del aire atmosférico.

La sangre, humor esencial á la vida, consta de partes sólidas ó *glóbulos*, y parte líquida ó *plasma*.

Entre los pulmones, á la izquierda del pecho, sobre el diafragma y dentro de un saco llamado *pericardio*, está el corazón, músculo hueco, de forma cónica, con dos aurículas y dos ventrículos, con tabiques medianeros, vasos y válvulas. Los movimientos de ese músculo son de dilatación y de contracción, nece-

sarios para la recepción de la sangre en el primer caso y para su salida en el segundo.

*
* *

Debajo del pecho está el *vientre*, cavidad en cuya parte superior se hallan suspendidos, á la derecha, el *hígado*, en el que se forma la *bilis* ó humor líquido amarillo, y sale de él para entrar en una bolsita donde se espesa para difundirse por las tripas, y, unida con los alimentos, ayudar la digestión; á la izquierda, el *bazo*, tejido carnoso y esponjoso; y en el centro, el *estómago*, especie de bolsa con dos agujeros, uno á la izquierda, en comunicación con la boca, por medio del cual respiramos y se forma la voz, y otro á la derecha, que se une á los intestinos, á los cuales pasan los alimentos medio digeridos ó reducidos ya á pasta en el estómago, donde principian imitando la forma de una madeja enredada, cuyo extremo acaba en el orificio del recto, órgano dispuesto para la expulsión de las heces de los alimentos.

El corazón, los pulmones, el estómago, el hígado, el bazo y los intestinos se llaman *entrañas*.

*
* *

Los huesos de las caderas, llamados *iliacos*, son dos, anchos, reunidos entre sí por delante y articulados por detrás con el sacro, formando un ceñidor huesoso llamado *pelvis*.

Las *extremidades* de nuestro cuerpo las constituyen *dos miembros superiores*, compuestos de hombros, brazo, antebrazo y mano; y dos inferiores, que constan de cadera, muslo, pierna y pie.

En resumen: el esqueleto humano se compone de doscientos huesos, los cuales se mueven por las contracciones de los músculos, órganos activos de la locomoción, como arriba hemos indicado, y corresponden *ocho* al cráneo, *catorce* á la cara, el *hioides* colocado en la base de la lengua, *veintiséis* que comprende la columna vertebral ó espinaza, *veinticuatro* costillas, el *esternón* ó

hueso plano situado en la parte anterior del pecho, *treinta y dos* de que consta cada extremidad superior y *treinta y uno* cada cual de las inferiores.

Constituyen nuestra *naturaleza moral* la *sensibilidad* ó aptitud para escuchar el eco de la *inteligencia*, que nos permite conocer las cosas y distinguir lo que puede aprovechar ó perjudicarnos, y la *voluntad*, que nos inclina para desearlas ó aborrecerlas.

Por estas dotes que poseemos y por la materia de que fué formado el cuerpo, se ha dicho que el sér racional consta de una parte de cielo y otra de tierra, y hasta se le titula *pequeño mundo*.

Mas es innegable que ejerce superioridad sobre todas las demás criaturas, y que sólo por una semejanza con los otros seres se explica la posesión y dominio que tiene sobre el mundo material.

Él es potente para transformar los llanos

y los montes y perforar las sierras; á él solo es permitido escudriñar las entrañas de la tierra, investigar el fondo de los mares, cambiar el curso de ríos caudalosos, medir la elevación de las nubes, examinar el foco de los astros y aun modificar sus destellos. Nada, en fin, hay imposible para la criatura humana, como no sea lo que Dios se reservó para sí.

¿QUIÉN ES DIOS?

Si queréis conocerle, mis estudiosas discípulas, en cuanto es permitido á la inteligencia humana acercarse y comprender al Creador, acostumbraos á reflexionar sobre la grandeza de las pasmosas maravillas naturales, y ellas os informarán respecto de la suma sabiduría, poder y eternidad que le confiesan.

Si después de todas esas reflexiones os ocurriese alguna duda, consultad á personas reconocidamente aptas ó á vuestras madres y Maestras, como practicaba una niña discípula mía, á la cual sorprendí en cierta ocasión en el momento que ella meditaba de la manera siguiente:

¡Cuánto me agrada dirigir los ojos hacia arriba en una noche serena de Mayo y con-

templar la multitud de astros que esmaltan el cielo y alumbran la tierra desde inmensa altura! Admirable y encantador pareceme, cielo, con tus galas azules salpicadas de estrellas de oro.



¡Qué complacencia tan agradable experimento cuando el suave céfiro, atravesando por floridos prados y jardines, llega á besar mi frente, ofreciéndome galante porción del aroma que robó á las flores! ¡Céfiro mío, no huyas!

Yo no sé explicarme ese lenguaje murmurador, pero misterioso, de la corriente del río, en cuyas aguas se voltea la luna y en cuya orilla crecen morados lirios y frondosos arbustos, donde anidan ruiseñores que pasan la noche entera remedando con armoniosos trinos el susurro del agua y el de las hojas del arbolillo. Céfiro blando: tú, que podrás ser buen intérprete, dime: ¿por qué la corriente murmurara? ¿Por qué cantan las aves? ¡Por tus caricias!



Mas yo recuerdo haber leído que, si la tierra guarda maravillas y cría flores, árboles y plantas que deleitan y producen cuanto la criatura necesita para sustentarse, allá lejos, pero no muy lejos, un río mayor que el Guadalquivir, más aun que el Ebro, más que el Tajo y Duero; un río, en fin, que por ser tan grande le llaman el mar *Océano*, cuyas aguas son saladas y en cuyo fondo juegan multitud de peces de variadas clases y formas, tan alegres como los pájaros que se remontan por los aires, guarda también inexplicables bellezas, que con dificultad la inteligencia humana puede apreciar acertadamente.

Bien quisiera yo admirar todas esas bellezas; pero me lo impiden, además de la distancia, las montañas que se interponen entre mis ojos y el Océano. Dime, céfiro blando: ¿es verdad todo ello, ó sólo existe en los libros? ¿Existen realmente los mares y sus peces?... ¿Y cielo, tierra y mares juntos componen eso que llaman mundo? ¡Es verdad!

Algunas veces dirigí á mi abuelita querida

la misma pregunta, y siempre contestaba: ese es el mundo.

Mas ¿quién hizo el mundo? ¿Por ventura él á sí mismo? Y concluía, diciéndome: Las plantas y los animales, incluso el sér racional, brotan ó nacen, crecen y desaparecen; y brotan ó nacen otros y vuelven á desaparecer. Si ellos se hubieran criado, estimarían mucho la vida; y el que posee una cosa que aprecia, no quiere perderla: luego ni plantas, ni animales, ni nosotras mismas moriríamos, pues quien de nada se hiciera viviente, mejor podría alargar la existencia que tanto estima.

*
* *

—Señora Maestra, me dijo al sorprenderla en sus meditaciones: ¿gusta V. decirme quién ha hecho el mundo?

Sorprendida yo también con la pregunta de la joven, recordé y la ofrecí referir un cuento que sobre el mismo asunto nos solía repetir con frecuencia la Maestra que á mis condiscípulas y á mí nos enseñó y educó. Era tan amable aquella buena señora, que no la olvi-

daré jamás; y sería excesivamente ingrata si no recordara su nombre para bendecirlo por el gran beneficio que me dispensó educándome é instruyéndome. ¡Así vosotras, mis queridas niñas, colmarais también de bendiciones y fueseis agradecidas á quienes os educan y enseñan!

Cuando me pareció momento oportuno, satisfice los deseos de la discípula con el relato de la historieta anunciada, que prometo igualmente revelar á ustedes durante los minutos de recreo, si bien no la escucharán la que para entonces no haya terminado sus ejercicios de escritura, etc., ni las que turben el orden mientras se practican.

*
* *

Todas las niñas procuraron merecer la gracia de oír el cuento de su Maestra, y así que estuvieron en el jardín de la escuela, temiendo que el tiempo de recreo fuera corto para la narración que esperaban, rodearon á la Profesora, y, sentadas sobre la

fresca hierba, esperaron que comenzara su relato.

La Maestra sacó del bolsillo un libro, le abrió por sus primeras páginas, y mandó á cierta discípula que leyera en voz alta el cuento prometido.

La discípula leyó:

En cierto pueblo de España vivía modestamente una celosa amiga de la instrucción, que, por serlo, se constituyó en Maestra de niñas, á las cuales educaba con el amor y la diligencia de una buena madre.

Su trato cariñoso y sus buenas costumbres la dieron tanta fama entre las madres de familia, que pronto la escuela se llenó de pequeñas educandas. Modesta y sencilla, solía tomar parte en los juegos de éstas, cuya inocencia le agradaba hasta el extremo de que en más de una ocasión llegó á confesar que *las caricias de las niñas eran el pan suyo de cada día*.

Aquella virtuosísima señora y cariñosa Maestra se llamaba Teresa.

Una mañana de primavera, de esas con que Mayo convida á disfrutar las bellezas del campo, Teresa reunió sus discípulas y se fué con ellas hasta el pie de una colina por donde serpenteaba cierto arroyo vallado de arbustos, y junto al cual, hecho alto, admirando las maravillas de la Creación, se arrodilló para bendecir al Hacedor, diciendo luego en voz baja: «Como las azucenas despiden sus aromas, viertan ellas en el hogar doméstico el tarro de sus virtudes.»

Las niñas, viéndola, se arrodillaron á su ejemplo, y después se levantaron, imitándola, y permanecieron junto á ella esperando que les dijese alguna cosa agradable, como lo tenía de costumbre.



¡Cuán grande es el misterio de la Creación! exclamó por fin. Mirad, las dijo: sobre nosotras, una bóveda dilatada y azul, con su sol dorado, fijo, que ilumina al Universo, que nos da calor á nosotras y sazona los frutos de

la tierra. Á nuestros pies, la tierra en continuo movimiento á manera de peonza, con su verde alfombra, sus manantiales, sus flores, sus bosques, sus montes y sus valles blanqueados por el rocío de la noche, el cual, evaporándose con el calor del sol, se levanta como leve humo hasta la atmósfera, para volver á caer cambiado en benéfica lluvia ó blanca nieve y templar los ardores del astro que nos calienta. De frente, el santo templo donde la criatura, sustraída á los efectos humanos, se relaciona con el Criador, elevando su espíritu más allá de los soles, y concluyendo por reconocer la necesidad de una ley moral que dirija la conciencia, así como las leyes civiles tienden á la dirección de los asociados por la senda del bienestar común; allá, empinada cumbre que nos oculta el dilatado mar, en cuyo seno se forman las perlas y se esconden mil y mil preciosidades; entre la tierra y el cielo, vagas nubes encargadas de regar nuestros campos, y bajo las nubes multitud de aves que se mueven y trasladan sobre los aires con mayor

facilidad que nosotras en el suelo. ¿Quién será el autor de tantos portentos?... Me olvidaba, dijo. ¡No lo habéis estudiado!

*
* *

¿Quién de vosotras podrá arrancar uno de esos arbustos que se levantan junto al arroyuelo? Le necesito, prosiguió después de una breve pausa.

Todas las niñas quisieron servir á la buena señora; y ésta prefirió que fuese Clarita, la cual se dirigió presurosa para complacerla; mas, habiendo encontrado el arbusto lleno de flores, se detuvo.

—¿Por qué no me obedeces, Clarita? la preguntó. ¿No recuerdas que tenemos obligación de acatar los mandatos de los superiores?

—Sí, señora, respondió la discípula; mas al verle tan florido, me dió pena cortarlo.

—No importa, Clarita; tráeme el arbusto, insistió la Profesora.

*
* *

Y otra vez la niña se acercó y se detuvo, diciendo:

—Hay un nido de pajarillos. ¿Le corto?

—Basta, querida discípula, repuso aquélla alegrándose del acontecimiento, porque conoció que había conseguido cuanto se propuso.

Me agrada, prosiguió entonces, que mis discípulas respeten las bellezas naturales hasta el extremo de sentir repugnancia en destruirlas, pues las que no la advierten al cortar sin necesidad un arbusto, están cerca de gozar en destruir un nido; quienes por capricho ó mala inclinación roban al pájaro sus pollos, andan también muy cerca de robar la hacienda de su semejante; y quienes roban al prójimo lo que es suyo sólo, caminando van hacia el crimen, que lleva detrás de sí todas las desgracias, hasta la desgracia de exponerse á perder lo que más importa conservar á una niña bien educada: la honra y buena fama de sus papás, que es la suya propia.

Tal es el valor de esa honra, mis buenas discípulas, que de él depende vuestra dicha; y tantos son los males que su pérdida ocasiona, que, sin embargo de ser la vida lo que más debemos estimar, porque no es reparable, yo diera espontáneamente la mía si supiese que con ella os había de redimir de la eterna desgracia, de la afrenta á que conduce y aun de los cargos con que la sociedad reconviene á quienes la escandalizan con sus maldades.

Seguramente que todas vosotras procuraréis ser buenas, para que esa sociedad os bendiga y para evitaros caer en tan terrible infortunio. Advertido esto, continuemos oyendo á la Maestra en sus preguntas á la discípula preferida.



Dime, amada niña, prosiguió: ¿quién crió ese arbusto con sus flores, y quién dió vida é instinto al ave que anida en él?

—No sé decirlo, contestó Clara.

—¿Qué criatura puede más que el arbusto

y más que los pajaritos de ese nido? ¿Quién le hubiese arrancado por obedecerme?

—Yo, servidora de V., repuso la niña.

—¿Quién puede más que V., quién la acaricia muchas veces y la reprende otras, quién domestica al perrito que tiene V. en casa, al caballo, la mula y las vacas?

—Mi mamá ó mi papá.

—Y á los animales que tienen los vecinos del pueblo, ¿quién los doma?

—Ellos.

—Es decir, ¿el hombre?

—Sí, señora.

—Y el hombre ¿habrá dado vida á los pájaros?

—No, señora; porque, habiendo muerto hace pocos días un rruiseñor que mi mamá tenía encerrado en una jaula y apreciaba mucho, dijo que, si pudiera, le devolvería la vida, y, sin embargo... lo arrojó á la calle.

*
*
*

—Pues bien, hija mía, concluyó advirtiendo Teresa: un rruiseñor es menos que el arbusto, y mucho menos que la tierra, mar, aire, nubes, estrellas, luna y sol; y ni su mamá de V. ni su papá pudieron volverle á la vida.

El hombre y la mujer sienten también perder la existencia, y, sin embargo, mueren: luego ni ellos se criaron por sí mismos, ni pudieron hacer ninguna de las otras cosas. ¿Quién, pues, habrá sido el criador del Universo? Forzosamente una causa más poderosa que todas las criaturas, ó, para que lo comprendáis mejor: un Hacedor Omnipotente y Eterno.

Á ese Hacedor superior á todo y criador de todo é *infinitamente bueno, poderoso, sabio, justo, principio y fin de todas las cosas*, le llamamos Dios.

*
* *

Teresa y sus discípulas regresaron á la escuela recitando el siguiente himno, que desde aquel día sirvió de prólogo y epílogo

á sus tareas, himno que también nosotras
repetiremos diariamente al comenzar y ter-
minar las nuestras:

«¿Quién hizo los cielos,
la luna y el sol,
y dió á las estrellas
dorado fulgor?
¿Quién sobre las sierras
los montes formó?

*De tantas grandezas
Dios solo es autor.*

¿Quién vuelos dió al ave
que se alza veloz
y alegra el espacio
con trinos de amor?
¿Quién les dió á las flores
belleza y olor?

De tantas, etc.

¿Quién allá en los antros
ocultos al sol,
modela bellezas
de tanto primor,
que al cincel más diestro
dan admiración?

De tantas, etc.

Al humilde arroyo
puro y bullidor
que inspira al poeta
sentida canción,
¿quién dió ese lenguaje
tan fascinador?

De tantas, etc.

¿Quién bajo las aguas
del mar escondió
corales y perlas
de inmenso valor,
y quién sus abismos
de peces llenó?

De tantas, etc.

Al sér predilecto,
¿quién vida le dió
y á todos los otros
lo hizo superior?
¿Quién es el que tantos
encantos creó?

*De tantas bellezas
Dios solo es autor.*

La virtud y el vicio.

Hay un Hacedor ó causa eficiente; hay una felicidad sin fin destinada para la criatura de conciencia recta, y es la perfección el camino que conduce á la felicidad. Pero ¿cuál es la senda que puede guiarnos á la perfección?

Llevamos dentro de nosotras mismas un consejero fiel, un amigo verdadero, que nos avisa oportunamente lo que conviene practicar y lo que se debe huir. Si queremos ser dichosas, preciso es obedecerle con puntualidad y sin condiciones.

Á la fiel observancia de sus consejos llamamos *virtud*, y al descuido, tenacidad ó negligencia en practicarlos, *vicio* ó desorden.

Proponiéndoos la ejecución del bien, observaréis cómo vuestro corazón se alegra lleno de dulce paz y se agita confiado en las más bellas y halagadoras esperanzas. Si, por el

contrario, le desoyeseis, vuestra alma se llenará de tristeza y temerá de todo.

Premio y castigo.

Admitida la necesidad de la virtud para la obtención de la felicidad, y el peligro de caer en el vicio, extremos ambos antitéticos ú opuestos, preciso es también que abrigue la esperanza de un galardón en el primer caso, y un castigo en el segundo, bien (como es justo) se espere del Hacedor, ya se hagan siquiera consistir solamente en la satisfacción por la práctica del bien ó en el pesar que causa el descuido del deber.

Puede indudablemente la criatura hacerse refractaria ó ponerse en contradicción con la tranquila paz que alegraría su alma; es decir, se expone á perder el derecho á la felicidad para que fué criada. Aunque no sufriese otro castigo, éste es bastante para

desvanecer la grata esperanza de ser dichosa.

Mas si pierde el derecho á ser feliz; si la tristeza ó la desesperación enervan su alma y abaten el ánimo, no se queje del infortunio, porque todos los medios de evitarlo se le han prodigado; y no en balde tampoco vino á la vida con exposición á los peligros, sí, pero en el mayor grado de inocencia y con sobrados recursos para evitar el mal y obrar el bien.

RESUMEN.

Si se deja guiar por la razón,
puede el sér predilecto aquí en la tierra,
convertir en llanura el alta sierra,
de las nubes medir la elevación,
torcer el curso á ríos caudalosos,
descender al profundo de los mares,
numerar de los astros los millares
y estudiar en sus focos luminosos.

Es señor él de todo lo criado,
con tal que en serlo su razón persista;
nada, en fin, hay que su poder resista
sino aquello que Dios se ha reservado.

DEBERES.

I

Han visto, mis queridas niñas, que no solamente las he complacido refiriendo la historieta prometida, sino que extremé la condescendencia hasta el caso de exponer, aunque á la ligera, el fin para que el sér humano fué criado y los medios puestos á su alcance para la obtención de la felicidad.

Satisfecho así el deseo de mis discípulas, falta que ellas cumplan el de su Maestra, estudiando los deberes á que las sujeta su condición. Otro día nos ocuparemos de ellos.

—Mañana, mañana... si V. lo dispone, contestaron varias niñas, cuya impaciencia atendió la Maestra prometiéndolas acceder á sus ruegos.

II

Al día siguiente, la Profesora cumplió su promesa.

—Convinimos ayer, dijo, en que el Hacedor Supremo se llama Dios, y en que Dios crió también al sér racional á su imagen y semejanza. Esta dote nos impone el cumplimiento de obligaciones determinadas que nos hagan dignas de disfrutar después de esta vida las glorias de la felicidad eterna que Dios tiene reservada para galardonar las virtudes de los justos; es decir, las obras de las personas que practicaron el bien y procuraron siempre huir con diligencia del mal. Luego tenemos obligaciones para con Dios y para con nosotras mismas.

Atributo del sér racional es vivir pacíficamente asociado con sus semejantes; mas, necesitando para consumir esta asociación que sea ordenada y regida por leyes que conserven la unión, la amistad, la igualdad y la paz

entre todos los asociados, de ahí que éstos reconozcan mutuamente deberes que cumplir para con sus semejantes, que son todos los seres racionales.

Quede, pues, sentado que tenemos tres clases de obligaciones que cumplir.

Son ellas, las siguientes:

Para con Dios.

Para con nosotras mismas.

Para con nuestros semejantes, ó sea para con la sociedad.

*
* *

¿Qué se entiende por sociedad ó género humano? os habrá ocurrido preguntarme.

Quisiera inculcaros acertadamente el significado de esta palabra, y desconfío de conseguirlo. Probemos, sin embargo.

Querida Teresa: sírvase contestarme. Tiene usted hermanos, ¿es cierto?

—Sí, señora; dos.

—Que viven con sus papás, como V. Perfectamente. Y todos juntos constituyen uste-

des una sola familia, que habita una casa. Y las demás niñas de la escuela tienen también hermanitos y papás, que viven asimismo en sus respectivas casas, próximas unas á otras, pero distintas. ¿Es cierto?

—Sí, señora.

—Treinta son las casas de nuestra aldea. ¿Cuántas serán las familias?

—Treinta también.

—Vean ustedes cómo se ha formado nuestro pueblo: con treinta familias que viven próximas unas á otras, pero separadas y sin ofenderse entre sí; pues ustedes saben que, si alguna de ellas intentara mortificar á cualquiera de las otras ó á alguno de sus individuos, el señor Alcalde, que cuida de que no suceda eso, lo evitaría auxiliado por todas las demás familias, que hicieron solemne promesa y se obligaron á estimarse, socorrerse y ayudarse en todas las necesidades.



Como nuestro pueblo, hay otros muchos, colocados á mayor distancia entre sí que la que separa nuestras casas; es decir, que así como hay familias próximas y vecinas, hay también pueblos vecinos que pactaron vivir amigos y estimarse y socorrerse mutuamente contra los que pudieren atentar á su tranquilidad.

Semejante pacto ó convenio se llama ley, y todos los pueblos que se gobiernan con ella *nación ó patria*.

La nuestra se llama España.



Ahora bien: como hay diferentes agrupaciones de casas, tenemos igualmente agrupaciones distintas de pueblos; y cada una de éstas componen diversas *naciones* en cuanto se gobiernan por diferentes leyes: así se dice nación española, portuguesa, francesa, austriaca, italiana, prusiana, inglesa, etc., cuyos nombres, repito, significan otras tantas agrupaciones de muchos pueblos; mas así como

las treinta familias del nuestro forman una sola aldea, de igual modo todas las naciones componen un solo conjunto de pueblos con aspiraciones al bienestar común.

Á ese conjunto de naciones, de pueblos, de familias y de individuos, es á lo que se llama *sociedad* ó género humano.

Con esta breve explicación damos por terminada la tarea que nos habíamos impuesto para hoy. Mañana proseguiremos el estudio de esos deberes.

III

La vida y cuanto poseemos y somos, al Hacedor se lo debemos, pues que de esa causa infinita procede todo.

Respóndame, Teresa: si yo la ofreciese un premio por estudiar la lección y no lo hiciera V., ¿podría reclamar el cumplimiento de mi promesa?

—No, señora.

—Y siendo su obligación estudiarla, ¿po-

drá V. exigirme el premio no ofreciéndoselo yo?

—Tampoco.

—Perfectamente. Nosotros tenemos obligación de amar á nuestro Criador por los innumerables beneficios que nos ha hecho y nos hace, sin que por amarle podamos exigirle remuneración alguna. Él, sin embargo, ofrece premiar nuestro amor con una felicidad eterna. Luego debemos amarle siempre por ser quien es, y no ejecutar acciones que puedan ofenderle ó exponernos á perder su gracia.

IV

El Hacedor, entre los muchos beneficios que nos ha dispensado, nos dió también el del libre albedrío, ó sea la facultad de elegir entre lo bueno y lo malo, sin la cual, ni mereceríamos premio por la práctica del bien, ni incurriríamos en demérito por seguir el mal. Como el deseo puede inclinarnos hacia

lo que contraría el merecimiento de la felicidad eterna, y el Hacedor no quiere privarnos ni que nos hagamos indignos de ella, porque es infinitamente bueno y justo, al mismo tiempo que nos manifestó el castigo que tiene reservado para los que siguen el camino del mal, nos dió también su ley, que llamamos *Mandamientos de la ley de Dios*, basados en la ley natural. ¡Sabia providencia la suya, que, comprendiendo la fragilidad humana, no omite medio para apartarnos de la pena en que incurriríamos obrando contra su voluntad!

Debemos, pues, cumplir los Mandamientos de la ley de Dios por amor á Él y por temor de perderle, que es el castigo que impone al que le desobedece y ofende pecando, esto es, dejándose arrastrar por las malas inclinaciones.

*
* *

El que hace una cosa que es buena, ha de sentir mucho su destrucción. El que vió que el

cielo con sus astros, la tierra con sus seres y el mar con sus peces eran buenos, no puede querer la muerte; es decir, la condenación del pecador, sino que se convierta y recobre el derecho á la felicidad que había perdido desviándose del camino del bien; por eso muchas veces le avisa del peligro antes de caer en él, ó le aflige después de la caída con enfermedades corporales, desgracias inesperadas ó de otra manera semejante, para que, pensando sobre sí mismo, reconozca la falta y procure la enmienda, haciéndose nuevamente acreedor á la gracia perdida.

Razón por la cual hemos de agradecerle igualmente los males y los bienes que nos otorga, pues unos y otros los concede para nuestro provecho.

RESUMEN.

Si algo buscar debemos en el suelo,
es aspirar á merecer el cielo;
pues los bienes del mundo son quimera
que nos roba la dicha verdadera.

V

Para que sepamos cuál es el camino de nuestra felicidad y cuál el que nos conduce á la desgracia eterna, Dios nos dotó, como ya hemos dicho antes, de un alma espiritual (que significa incorpórea é indivisible), un alma que no puede verse ni tocarse, que está en nosotros y da vida al cuerpo material, que quiere en nuestro interior y piensa; un alma, en fin, que está *toda en todo el cuerpo y toda en cada una de sus partes*, y cuyas potencias son la *memoria*, el *entendimiento* y la *voluntad*.

VI

Á las inspiraciones de esa alma espiritual, que nos designa el camino que conduce al bien y nos hace odioso el que nos dirige al mal, las llamamos *conciencia*, ó sea íntimo amigo que

nos manda observar el orden natural y prohíbe perturbarlo ó alterarlo.

Si, al poner en práctica un pensamiento, la conciencia os aconsejara su pronta ejecución, no temáis obedecerla, porque es señal de que la obra será conforme á la práctica del bien; mas si, por el contrario, os reprende y amenaza con avergonzaros ante Dios y los hombres, robándoos además la tranquilidad del espíritu y llenando vuestro ánimo de zozobra y de temor, apartad de ella el pensamiento y desistid de efectuarla, porque es prueba de que el camino aquel conduce á la perturbación del orden natural y os arrastra hacia la perdición.

RESUMEN.

Deber es de conciencia
que obra prudentemente,
buscar continuamente
al bien por excelencia.

Y es del entendimiento
su principal deber,
saber juzgar y hacer
recto razonamiento.

VII

Sabéis ya, porque antes lo expuse, que las facultades de la conciencia son el entendimiento, la memoria y la voluntad, y Dios se las concedió: *«Para que le conozcamos y pensemos en Él; para acordarnos de Él y de sus beneficios, y para que le amemos como á suma bondad, y al prójimo por Él.»*

El entendimiento conoce, juzga y raciocina; la memoria nos hace recordar nuestros deberes, y la voluntad nos manda practicar ó no practicar, querer ó no querer las cosas y preferir unas á otras. Estas tres potencias del alma son para la criatura racional un guía siempre seguro y dispuesto á su servicio, cuyas indicaciones debe atender con juicio recto y solícito.

RESUMEN.

Recordar lo ya pasado
por la memoria podemos,

y cultivarla debemos
con decisión y cuidado,
Procurando no olvidar
del Criador los beneficios,
y que debemos propicios
á su voluntad estar.

Á la libre facultad
de obrar y de preferir
en las cosas y elegir,
la llamamos voluntad;

Mas si de Dios el amor
en todo nos proponemos,
seguro es que tomaremos
la resolución mejor.

VIII

Conocido ya lo que conviene obrar conforme á la conciencia, esto es, lo que nos conduce por la senda del bien, resta conocer asimismo lo que nos arrastra hacia el camino del mal. Á este móvil del desacierto, que puede ser de diferentes y varias maneras, se le llama *vicio*; y á las diferentes formas con que se presenta, *males*, que, por referirse al alma, se les dice *males del alma*, de los cuales escribió el Venerable Palafox, que «no reciben

cura, si el amor con dolor no lo procura».

Esos males son la *ignorancia* y el *error*, las *pasiones desordenadas* y los llamados propiamente *vicios*. Los dos primeros pertenecen al entendimiento, y los otros dos á la voluntad.

IX

Ignorancia se llama la falta de conocimientos que nos son útiles y aun necesarios, tanto para no confundir el bien con el mal, como para conducirnos rectamente cerca de los demás semejantes con los cuales vivimos asociadas.

Esa falta se remedia estudiando con decidido empeño cuanto debemos saber respecto de Dios, de nosotras mismas y de la sociedad.

*
* *

Llamamos *error* al juicio inexacto que nos formamos de las cosas, y se evita principalmente «acostumbrándonos á no juzgar ligeramente de lo que se ignora, sin previo y ma-

duro examen,» consultando en caso de duda á los padres, Maestros ó superiores interesados en nuestro bien.

*
* *

Pasiones desordenadas son las inclinaciones ó impulsos vehementes del ánimo que nos inducen á amar ó aborrecer, querer ó no querer con viveza alguna cosa. Corrígense con la prudencia, que es el medio entre la pereza y la precipitación.

*
* *

Vicios son los hábitos ó costumbre de hacer ú obrar el mal, ya con daño del prójimo, ya de nosotras mismas. Si bien para conocerlos se necesita un gran esfuerzo ó violencia de la voluntad, remédianse, no obstante, con un propósito firme de apartarse de ellos, poniendo gran cuidado en obrar siempre de acuerdo con la conciencia, la razón y la justicia.

RESUMEN.

Quiénes por negligencia
descuidan la virtud, siguen el vicio
y pierden la esperanza;

Muchas por impaciencia
suelen también correr al precipicio,
y otras ruedan en él por desconfianza.

Huid de la indolencia
y el ánimo tened á obrar propicio,
pues que la actividad todo lo alcanza.

*
* *

Aquellos que obran imprudentemente
contra ley de preceptos virtuosos,
por malicia ó costumbre, son viciosos
que faltan á su Dios inicuaamente.

La conciencia su voz aterradora
levanta contra ellos, sin dejarlos
de gritar incesante y acosarlos
en cualquier ocasión y en toda hora.

X

Hay dos clases de pasiones desordenadas:
unas, que solamente perjudican á quien las
padece, y otras que, además de ser nocivas al
dominado por ellas, perjudican también á sus

prójimos. Unas y otras están comprendidas en los siguientes versos:

Las pasiones *temor* y la *tristeza*,
el *placer* y *deseos* excesivos,
la *gula*, *ociosidad* y la *pereza*,
solamente á nosotras son nocivos;
y *al prójimo y nosotras*, la malicia
de *soberbia*, *odio*, *envidia* y *avaricia*.

Evitad las primeras, que impiden al cuerpo estar propicio al servicio del alma, y huid de las segundas, que la pervierten y arrastran á la perdición. Caer en aquéllas sería estimarnos á nosotros mismos en muy poco; parar en éstas, negar la caridad á nuestro prójimo y concederle el derecho de faltarnos él. Tenerlas todas y no procurar abandonarlas, sería faltar inicuaamente á Dios y al semejante, concitando sus enojos hacia nosotras mismas, y, por consiguiente, labrar nuestra desdicha.

XI

El *temor* y la *tristeza* no son otra cosa que el alucinamiento de la inteligencia, debilidad

del alma ó una preocupación infundada de la fantasía, que nos hace ver peligros donde realmente no existen.

Los cuentos de aventuras, apariciones, etc., con que nuestros aldeanos suelen amenizar sus veladas de invierno, perjudican á la niñez, que no sabe apreciarlas; y así debe evitarse en presencia de ésta la narración de invenciones que puedan preocupar inconvenientemente su ánimo.

CUENTO.

María era un niña educada celosamente por su mamá; mas, á consecuencia de haber oído referir una de esas fábulas, adquirió la mala pasión de temer y recelar de todo, hasta el extremo de no atreverse á dormir sola en su habitación. Enfermó, y aun hubiese muerto quizá víctima de su pasión, si ésta misma no revelara la enfermedad de la niña.

Gustaba mucho de las flores, y una noche en que la luna alumbraba su jardín, bajó á él; y cuando estaba para cortar una azucena, le pareció escuchar cierta voz extraña que decía: ¡Noooo!

—Será ilusión mía, se dijo, é insistió en el propósito de cortar la flor; pero al asir el tallo, la misma voz repitió segunda vez: ¡Noooo!

Entonces se detuvo, y, llena de miedo, pro-

rumpió en gemidos, suponiendo ver á su alrededor gigantes disfrazados y sombras que la amenazaban. Pero ¡cuál fué la sorpresa de la niña, cuando sus padres, apercibidos del caso, acudieron en su auxilio y la convencieron de que aquel *no* fatídico era el canto de un buho que ella misma había domesticado y guardaba cuidadosa en una jaula que por la tarde colgó en un árbol del jardín, y los supuestos gigantes, las sombras de los frutales!

María volvió de su extrañeza; mas desde entonces vivía tan triste, que de seguro habría muerto, á no ser por el cariñoso consejo de su madre, que constantemente la repetía:

—Ve, hija mía, si tu alma te acusa de algún delito, y refiéremelo; pero si de ninguno te arguye, nada temas tampoco, pues, á quien obra bien, Dios y los hombres le protegen y le defienden.

La niña, consultando su conciencia, la halló tranquila, se convenció de que ningún peligro la amenazaba, aborreció el *miedo*, y vivió después alegre.

XII

Placeres y deseos excesivos.

Llámase *placer excesivo* á cuanto nos halaga y domina demasiadamente, con perjuicio de nuestra salud, de nuestra honra, de nuestra fortuna, de nuestros semejantes, etc., im-

pidiéndonos estar propicias á toda buena obra.

Corre el sér humano en pos de bellezas mentidas que supone reales, y embota sus sentidos con gratas ilusiones que terminan dejando en el alma cruel inquietud, que dura tanto como la vida. Precaviendo las funestas consecuencias de esa pasión, conseguiremos evitarla.



Los *deseos excesivos* son una impaciencia de la voluntad por conseguir alguna cosa de las que halagan nuestros sentidos.

Pero tal es la violencia que experimenta nuestro corazón hacia los objetos por cuya adquisición nos impacientamos, que rara vez la pasión deja de inducirnos á ellos, aunque para conseguirlos fuere preciso acometer cualquier género de actos reprobados por la razón y la justicia.

Interesa mucho acostumbrarnos á contener los deseos excesivos, para evitar que nos

precipiten por el camino del infortunio y de la desesperación.

CUENTO.

Primavera, joven hermosa y llena de virtudes, había pasado nueve meses consecutivos en absoluto retiro; pero, cansada de su abstracción y llegado el día 21 de Marzo, quiso salir al campo, inducida por el deseo de ver triscar por el valle manadas de juguetones corderillos, pasión que la dominaba totalmente.

—Nunca permita el cielo que tal hagas, la dijo Invierno, su padre, cuando ella le consultó sobre el propósito; anda por los campos *Huracán*, enemigo para ti el más terrible de la tierra, cuyos furros tienen atemorizada la comarca; y si le parecieres encantadora, se enfurecerá contigo, porque aborrece tu hermosura; te arrancará todas esas bellezas que yo preparé, y hará finalmente que pezcas revolcada en charcos y lodazales.

Primavera despreció el consejo de Invierno atribuyéndolo á cobardía, y ya sólo pensó en ataviarse lo más ricamente posible, para que cuantos la viesan al salir admiraran sus bellezas. Más de dos meses invirtió en los preparativos, y un día de Junio en que se acercó al espejo y se vió encantadora, se dijo á sí misma:

—Por feroz que sea Huracán, si llega á mirarme, se postrará humillado ante mi hermosura.

Y la presuntuosa puso en práctica su deseo.

Salió al campo ataviada con rico vestido salpicado de margaritas, violetas, azucenas y claveles, y adornada la cabeza con guirnalda de siemprevivas, rosas y jazmines; tan singular y tan oportuna había estado en la confección de sus galas, que la reina más poderosa las hubiese envidiado.

Una vez en el campo, atravesó dilatadas praderas, cruzó sembrados y bajó al valle, volando hasta allí donde murmuraba la corriente para ver en las aguas si el suave céfiro había ó no descompuesto sus cabellos de oro, y subiéndose después hasta la cima de las montañas para ostentarse en la cumbre cual reina de la belleza. Mas un fuerte ruido como el de la tempestad la recordó el consejo de Invierno, y sintió miedo; quisiera huir, pero ya era tarde: *Huracán*, que no se pagaba de encantos, ligero como el rayo, furioso como el trueno y abultado como una montaña, la derriba, la revuelca y la despeña, sin darla más tiempo que para exclamar en su agonía:

— ¡Loco deseo!...

Aprended vosotras en ella, mis queridas niñas, á moderar el vuestro, obedeciendo y sujetándoos á los consejos de los padres y mayores, que por experiencia conocen cuanto os perjudica, y nadie como ellos tienen interés en que no os suceda mal alguno.

Mas no debéis confundir las aspiraciones lícitas del alma con los deseos que provienen de una inclinación pervertida: á ninguno se

vedan aquéllas, pero á nadie está permitido obedecer las sugerencias de éstos.

La perturbación del ánimo nos estorba muchas veces distinguir ambos efectos, y no contribuyen poco á sostener la ofuscación de la inteligencia los cuentos de aventuras y apariciones de que hemos hablado al tratar del *temor* y la *tristeza*. Puede suponerse lícita toda obra que merezca la aprobación de los buenos, y todo acto cuya publicidad no cause vergüenza.

RESUMEN.

Con previsión evitar
la desmedida pasión
que hace afecto al corazón
lo que no debiese amar,
y huir de cuanto causar
perjuicio al alma podría,
grandes bienes nos valdría
junto á Dios y aquí en el suelo,
pues nuestro mayor anhelo
seguir la virtud sería.

XIII

Soberbia, pasión funesta que nos alucina y engaña hasta el extremo de que nos suponamos superiores á las demás personas y las desdeñemos.

No desprecie el rico ni eche en cara al pobre su miseria, ni la niña dispuesta para el estudio intente injuriar á su compañera ignorante, porque lo sea: ambas recibieron de Dios las dotes; ninguno posee más que lo que á Dios plugo darle, y todas podemos perder cuando á Él le plazca los dones que se sirvió dispensarnos.

Grande es el tamaño del pavo real y preciosa la tornasolada pluma que le adorna; pagado debe estar de sus brillantes galas, empero su garganta imita el bramido del becerro. Pequeño es el ruisenior, pero dulce su acento. ¿No es preferible á las galas del pavo el melodioso trinar del avecilla?

Seguramente que sí.

CUENTO HISTÓRICO.

Existió antiguamente un rey llamado Annón, y fué tan soberbio, que, pareciéndole poco ser monarca de un gran pueblo, concibió el pensamiento de que se le considerase como Dios.

Para conseguirlo más fácilmente, domesticó multitud de pájaros; y después de enseñarlos á pronunciar la frase que supuso oportuna, los soltó, y ellos, elevándose por los aires y volando de un punto á otro, repetían: *Annón es Dios*.

Sus vasallos llegaron á suponer cierta la divinidad del soberano; mas luego que la astucia fué averiguada, le mofaron aun después de muerto, diciendo:

—Mirad al dios Annón todo un cadáver...

Y le aborrecieron en sus cenizas.

Y su soberbia le hizo despreciable hasta en el sepulcro.

*
* *

El *odio*, que consiste en desear el mal para nuestro prójimo, y que nos llena de pesar si así no le sucede, demuestra la predisposición al crimen. Yo sé, mis queridas niñas, que vosotras no queréis ser criminales; por eso os ruego que cerréis al odio las puertas de vuestro corazón.

Si injuriásemos á otro, desearíamos que

nos perdonara; mas ¿con qué derecho exigiríamos su perdón, si nosotras no estuviéramos dispuestas á otorgarlo también cuando se nos ofenda?

Sea, pues, nuestra mejor venganza olvidar las injurias y ofrecer nuestros servicios al ofensor.

Grande ofensa es la que el perro recibe del dueño que le castiga, y, sin embargo, por toda venganza lame la mano de su dueño y le guarda la casa y le defiende.

HISTORIA.

José, á quien su padre Jacob amaba preferentemente, fué por esta causa aborrecido de sus hermanos hasta el extremo de que resolvieron darle muerte.

Ignorante de cuanto proyectaban, salió cierto día al campo donde apacentaban los ganados, y corrió hasta aquéllos demandando una caricia. ¡Inocente de él! Pretendía una caricia, y faltó muy poco para que le quitaran la vida.

—¿Por qué me queréis mal? les arguyó al practicar su infame propósito. ¿Acaso mi alma no os quiere como á hermanos míos que sois?

Uno de ellos, movido á compasión y esperando salvarle después, dijo entonces:

—¿Qué bien ha de venirnos si le matamos? Arrojámosle á un pozo donde perezca.

Y le arrancaron la túnica que vestía y lo echaron en el pozo.

Pero aquellos perversos, además de estar dominados por el odio, eran también ambiciosos, y, viendo llegar unos mercaderes, sacaron á José de la cisterna, se lo vendieron como esclavo y remitieron á su padre la túnica manchada con la sangre de un cabrito, diciéndole:

—Mira si esa túnica que hemos hallado ensangrentada es la de José tu hijo.

José, pasado algún tiempo, fué virrey de Egipto, y en vez de vengarse de sus hermanos, los llevó junto á él y les colmó de gracias.

*
* *

Ira, consecuencia legítima del odio, deseo de venganza y el postrer paso para llegar al crimen. Procurad no darla cabida en vuestro corazón, que es lo preferible, reflexionando con tranquila y prudente calma sobre sus terribles consecuencias.

Si queremos que los demás respeten nuestra persona y nuestros bienes legítimamente adquiridos, principiemos por respetar la suya y sus haciendas.

EL TIBÚS.

Había supuesto el iracundo morador del Tibús que á él solo correspondía el señorío del Sahara, y acometía furioso á las caravanas indefensas que solían viajar por el arenoso desierto.

Una horrorosa tempestad del mar arrojó en cierta ocasión á las orillas del Océano la embarcación de unos europeos que bogaban hacia la Nigricia. Tristes y sin esperanza, los pobres náufragos diéronse á caminar por el Sahara.

Poco después, un habitante del Tibús se les interpuso, propasándose á maltratarlos por la sola causa del odio que tuvo siempre á los extranjeros.

—¿Por qué nos ofendes, le dijo uno de los náufragos, en vez de ofrecernos hospitalidad?

Y fué tanta la ira que esta respuesta causó al del Tibús, que, no pudiendo resistir sus efectos, fué acometido de un accidente y quedó sin sentido.

Los europeos entonces le auxiliaron y recobró el conocimiento. Admirado de tan caritativo proceder, les pidió perdón, hizo formal promesa de apreciarlos como á hermanos, los guió por el desierto, los hospedó en su casa y los retuvo allí hasta que llegó buena ocasión para regresar á su patria.



La envidia consiste en resentirse por los bienes, aprecio ó preferencia que merecen

nuestros semejantes, á cuyo pesar se le llama displicencia. Es una de las pasiones más viles y mezquinas que suelen atacar generalmente á la niñez; una de esas pasiones que nos hacen vivir en continuo enojo, que nos atraen el desprecio de las gentes y aun el de los mismos padres, la indiferencia de las amigas, y, por fin, la tristeza, la enfermedad y la muerte, siendo probable además que nos conduzca también hacia el crimen.

De tal manera la envidia ofusca la razón, que nos hace aborrecer á nuestros mismos hermanos, y no nos deja pensar que la supuesta preferencia ó aprecio que obtienen es solamente una recompensa por su bondad, aplicación, virtudes, etc.; recompensa que las niñas pequeñas conseguirán también cuando lleguen á mayor edad, si se acostumbran á librarse con tiempo de la envidia.

HISTORIETA.

Caín, hermano de Abel, envidioso en extremo, no pudo avenirse con la bondad de éste, y resolvió matarle.

—Vamos al campo, le dijo un día mintiéndole cariño, y ambos salieron; pero luego que llegaron á sitio retirado y escondido, Caín quitó la vida al inocente Abel, ocultando el cadáver debajo de muchas piedras.

Creyó que nadie le había observado, mas pronto hubo de desengañarse. La conciencia, Dios, á cuya mirada perspicaz nada se esconde, le preguntó por su hermano, y le dijo:

—Errante acabarás tu vida.

Y Caín anduvo siempre errante, llevando en pos de sí la sombra de su inocente víctima, sin darse punto de reposo y creyendo escuchar una voz que le gritaba continuamente:

—¿Dónde está Abel? ¿Qué hiciste de tu hermano?

Bien hubiese querido entonces no haberle asesinado, pero ya era tarde... y errante vivió hasta el último de sus días, llegando, por fin, á terminarlos herido por la flecha de uno de sus nietos, que, yendo de caza por un monte, donde su abuelo estaba oculto por el ramaje, le disparó suponiendo que sería alguna fiera.

¡Cuánto mejor le fuese haber amado á Abel é imitado su virtud!



Avaricia, que consiste en un gran deseo de adquirir riquezas, es otro de los vicios que se deben evitar diligentemente, por cuanto suele hacernos insensibles á las desgracias de

nuestros semejantes, perezosas para ejercer la caridad con ellos y merecedoras de su desamor y de sus censuras.

Si alguno fuere digno del epíteto de ignorante, nadie con más razón que el avaro, pues no discurre que, sin embargo de sus riquezas, carecería de alimento, de vestido, de aseo y de tranquilidad, si el agricultor, el artista y hasta la modesta lavandera le negaran sus servicios.

Cuanto más poderosa sea una persona, más necesita la cooperación de esos hijos del trabajo, y mayores obligaciones adquiere para con ellos y para con la sociedad. Sucédele también que, preocupado con sus tesoros y temiendo perderlos, se trueca desconfiado, se sustrae al trato de las gentes, se enajena sus simpatías, incurre en el temor, duda de todos, se olvida de todo, y concluye por verse más separado de los hombres que el mismo menesteroso, y más desgraciado que todos los mortales, porque hasta el sueño huye de sus ojos, y muere al fin pesaroso de haber alle-

gado sus riquezas para tener que abandonarlas.

CUENTO.

Refiérese que, allá en lo antiguo, el rey Midas, aconsejado por su avaricia, pidió y obtuvo de Baco la gracia de que todo lo que tocara se convirtiese en oro. Al principio se supuso feliz; pero bien pronto se consideró miserable y desgraciado más que el último de sus vasallos, porque el mismo alimento que debía tomar se trocaba oro, entretanto él ardía de sed y fallecía hambriento.

Mil veces envidió la suerte del esclavo; otras mil maldeciría del apetecido metal, que le habría causado indefectiblemente la muerte, si, convencido de su error, no pusiera oportuno remedio renunciando la gracia que tanto había codiciado.

XIV

Deberes hacia nosotras mismas.

Puesto que Dios nos ha criado para amarle y servirle en esta vida y gozarle después en la eterna, y tenemos obligación de procurar que su voluntad sea cumplida, debemos también estar propicias á la realización

de ese fin; de lo cual se deduce el cuidado de que nos somos deudoras á nosotras mismas, de quienes el primer acreedor es nuestro propio cuerpo.

La sociedad, fiel á las prescripciones naturales, estableció para mejor cumplirlas un conjunto de enseñanzas que denominó urbanidad é higiene, ó, como si dijéramos, el conjunto de reglas que debemos observar en todos nuestros actos y palabras, para hacernos agradables en el trato con los semejantes, y las que conviene tener presentes para no perder la salud y para recobrarla si incidentalmente se pierde.

Por esta razón hemos de procurar conocerlas y observarlas estrictamente, teniendo muy en cuenta que la principal de ellas, y la que más interesa para la salud del cuerpo, es contener la voluntad en sus apetitos desordenados.

*
* *

Vulnerable como es nuestro cuerpo en todas sus partes, y hallándose expuesto á ser

atacado hasta por la misma atmósfera, cualquiera causa, por pequeña que parezca, le perjudica fácilmente y le imposibilita.

También siente la necesidad de alimentarse; y no pudiendo ni debiendo adquirir el sustento sino por el trabajo, la principal obligación de la criatura es disponerse desde la niñez para una ocupación regulada por medio del estudio de una profesión, industria, arte ú oficio, ventaja que la evitará caer más tarde en los crímenes que muchos han cometido por no habérsela proporcionado en la juventud.



Este deber, que interesa por igual al niño y al hombre, es aún más importante para las niñas y para la mujer.

La diferencia de sexo y hasta las leyes naturales y las de sociabilidad han reservado para el hombre las ocupaciones más laboriosas, y para la mujer el cuidado de la casa y la familia, sin rehuir por eso cooperar simul-

táneamente á los afanes y desvelos del cabeza de ella.

Y así como la principal obligación del niño es disponerse para desempeñar acertadamente cuando mayor los deberes pertenecientes al hombre, corresponde á las niñas adquirir los conocimientos necesarios para cuando asuman el cargo correspondiente al ama de casa.

Exige éste grande actividad en el aseo y limpieza de las ropas y de los muebles, puntualidad en la preparación de alimentos para la familia; exquisito tacto en atenuar las indisplacencias que llevan consigo las penalidades del trabajo activo del hombre y sus enfermedades; gran celo porque los gastos sean siempre algo menores que la cantidad representada por los ingresos, y otras muchas reglas que se determinan en libros especiales de economía y labores, cuya lectura os recomiendo para más adelante.

CUENTO.

Refiérese de una muy distinguida reina española, que, sin embargo de serlo, ni se desdeñaba de tomar la rueca ni sentía mayor satisfacción que cuando encontraba motivo para manifestar que, así las camisas del rey como las sábanas de su lecho, todas habían sido hiladas y hechas por sus manos.

Cuentan también que su afición á la economía fué tanta, que remendaba con frecuencia sus ropas y las del monarca, y hasta reconvino á éste alguna vez porque se daba prisa en romper las coderas de su casaca.

Esa reina fué Isabel I, la que vendió sus joyas para ayudar á Cristobal Colón en su propósito de descubrir el Nuevo Mundo; la que ganó á los moros el reino de Granada; la reina, en fin, cuya buena memoria no ha podido extinguir el transcurso de más de trescientos ochenta y seis años.

De ella se dice que solía objetar: «Si los reyes gobiernan, también tienen obligación de dar ejemplo á sus gobernados.»



Gula es el ansia excesiva de comer y beber, ó el abuso que se hace de cosas nocivas á la salud.

Acostumbraos á comer solamente lo nece-

sario para vivir, y aquello que vuestros padres ó tutores no os prohiban, porque ellos mejor que nadie conocen lo que no puede perjudicaros. Empero si á vuestra elección dejasen la cantidad de alimento que hubierais de tomar, para no comer sino lo necesario, proponeos la siguiente regla:

Que después de haber comido pudierais sin esfuerzo tomar todavía como otra tercera parte más de lo que se comió y bebió.

Es igualmente peligrosa la costumbre de algunas niñas que suelen comer las raíces de plantas halladas en el campo y hasta en las huertas. Críanse en éstas frutos muy parecidos á determinadas hierbas venenosas, que fácilmente se confunden con las que no lo son, y ponen en inminente peligro á quienes las gustan. Cuando intentaseis comerlas, preguntad á vuestros padres si podríais verificarlo sin peligro; y si os las vedan, no queráis desobedecerlos, porque su prohibición es señal de que os perjudicarían.

FÁBULA.

Cierta sanguijuela en extremo glotona, que habitaba en el fango de una laguna, se elevó hasta la superficie del agua y se pegó á la lengua de un becerro que llegó á beber.

A pesar de los bramidos del pobre becerro, la sanguijuela le hubiese causado la muerte á no ser por el veterinario del inmediato lugar, que, enterado del caso, hizo al chupóptero soltar su presa, y, observando que podría prestar mejor servicio mordiendo la piel hinchada de cualquier enfermo, la sepultó en una redoma.

Poco tiempo después acometió al dueño del becerro una enfermedad escrofulosa, y le precisó aplicarse la hambrienta prisionera á la parte inflamada.

Colocarla sobre la piel y picarla fué obra de un momento, siendo tanta la glotonería del chupóptero, que, embotado completamente de sangre, soltó su presa, cayó al suelo y, chocando con él, se reventó.



La Pereza, que consiste en ser tardos para el cumplimiento de nuestros deberes, es el primer paso hacia la desgracia, pues nos dispone á la ociosidad, y, auxiliada después por ésta, nos arrastra al vicio y con-

cluye por confundirnos con los criminales.

No siempre, sin embargo, llega la perezosa á convertirse en criminal; pero en todo tiempo es la pereza causa de infinitos daños, aunque la fortuna se nos muestre pródiga en honores y beneficios.

HISTORIETA.

Helí, Juez y Pontífice del pueblo israelita, fué muy venerado por su virtud; mas tuvo pereza en la corrección de sus hijos Ofni y Fineés, que eran viciosos, contentándose con suaves reprensiones que ningún efecto producían.

Obligado á combatir con los filisteos, envió Helí un numeroso ejército al mando de sus hijos, los cuales fueron vencidos y muertos con más de cuarenta mil soldados, quedando también cautiva el Arca del Testamento.

Cuando el Pontífice tuvo noticia de esta desgracia, quedó tan turbado, que, cayendo de la silla en que estaba y dando con el cerebro en el suelo, se le saltaron los sesos.

XV

Otros excesos que conspiran contra la salud.

Hay otras muchas causas que alteran la salud, pero que pueden evitarse huyendo previsoramente de ellas. La ociosidad y la pereza, que debilitan las fuerzas; el fatigarse demasiado en el juego ó en el trabajo, andar descalzas ó por lugares húmedos, recibir el sol de quieto ó donde calienta con exceso, enredar con armas ó instrumentos peligrosos, subirse á los árboles ó á los edificios, dormir en el campo, bañarse en los lagos y ríos, tomar la nieve con las manos, etc., vicios son todos que han ocasionado la muerte á muchas niñas.

Pero si la necesidad, la imprevisión ó vuestra terquedad os hiciere caer en ellos y os acometiese la enfermedad, referidlo sin temor á vuestros padres, y someteos gustosas al tratamiento de los médicos (que son los encar-

gados de curaros y los que tienen medios para volveros la salud), sufriendo con resignación los dolores que motiva la enfermedad y la repugnancia de los medicamentos que se os prescriban; teniendo muy presente que, habiendo sido vosotras la causa, no debéis molestar con pueriles exigencias á los que os asistan en la indisposición.

XVI

Deberes hacia nosotras mismas para cuando mayores.

Además de los deberes dichos que nos pertenecen, tenemos también otros que la edad se encarga de enseñarnos más tarde. Llámense deberes de la honra, la cual es el mejor tesoro que podemos desear. Consiste ese tesoro en no obrar de modo que nos avergonzásemos de presentarnos ante las demás personas ni darles motivo para que nos negasen su amistad y su palabra ni para echarnos en cara nuestros deslices.

La niña que aspire á poseer el tesoro de la honra, acostúmbrese desde joven á no separarse de su mamá ni hacer cosa que la disguste, porque ese disgusto demostraría que faltó poco para comprometer el honor, esa incomparable riqueza que debemos conservar siempre por lo mucho que vale, y porque, si llegásemos á perderlo una vez, nunca, nunca podría recobrase.

HISTÓRICO.

Enseña la Historia Sagrada que la tribu de Judá sufrió varios cautiverios de los Babilonios.

Durante el segundo de esos cautiverios, había en Babilonia un matrimonio (Joaquín y Susana), mujer de tanta hermosura y gracia como indica su nombre, que equivale á *Lirio*, y es aún hoy «ejemplo ilustre de las pruebas que fatigan la virtud» y de los triunfos á ésta reservados.

Joaquín era un personaje caritativo y rico, llevado y detenido allí en rehenes. Su casa estaba siempre abierta para sus compatriotas desterrados, y en ella se reunía el tribunal de ancianos del pueblo para fallar en justicia.

Dos de estos ancianos habían merecido de la casta Susana un cierto desaire, del que intentaron vengarse calumniándola de manera que apareciese

digna de la pena de muerte á que ellos mismos la condenaron.

Mas aconteció que el Profeta Daniel, comprendiendo la calumnia, dispuso que incomunicaran á los calumniadores y fuesen llamados á declarar uno después del otro.

—¿Dónde estaba Susana, preguntó al primero, cuando incurrió en delito?

—*Bajo un árbol lentisco*, repuso el viejo.

Y le mandó retirarse, y apareció el otro viejo, al cual hizo la misma pregunta.

—Hallábase *bajo una encina*, contestó éste.

Con tan palmaria contradicción quedó justificada la inocencia de Susana y probada la maldad de los acusadores, á los cuales se les impuso la misma pena que ellos intentaban para la inocente.

OBLIGACIONES PARA CON LOS DEMÁS

I

El género humano es una dilatada familia, cuyos individuos están todos unidos por lazos más ó menos estrechos. De esta unión, que, como dijimos anteriormente, se llama sociedad, resultan mutuos deberes que cumplirse los asociados entre sí.

Estos deberes son de dos clases: negativos y positivos, ó sean *comunes* y *relativos*; los que se refieren á nuestros parientes y los que atañen á los que no lo son.



La *patria* es la primera á la que nos debemos. Entiéndese por patria, según os tengo

indicado, el país regido por el mismo sistema de gobierno que el pueblo donde nacimos. Su solicitud por nosotras es tal, que aun antes de nacer nos deparaba ya todas sus bellezas, su idioma y sus costumbres. Su amor nos cautiva; por eso el extrañamiento de ella, ó sea el destierro, se considera como el mayor de los infortunios, y, por el contrario, merece el renombre de mártir ó héroe quien pierde la vida en su defensa. Por ese amor con que nos cautiva, las madres entregan sus hijos para defenderla y el hombre fenece en el combate pronunciando su nombre.

HISTÓRICO.

La Historia, que equivale á decir narración de los sucesos pasados, está llena de acontecimientos que enaltecen sobremanera á la mujer y justifican el heroísmo de que es capaz en los casos de peligro para su religión, para su pueblo y para su familia.

Ni es preciso recurrir á los libros sagrados en busca de una Judit valerosa, que justifique la verdad expuesta libertando á Betulia del sitio con que

la afligía Holofernes, capitán de los asirios, ni necesitamos inquirir en posteriores hechos de regiones ajenas á la nuestra de Soria las pruebas de la verdad enunciada.

Si llegáis á leer el *Nomenclátor descriptivo* de los pueblos sorianos, publicado hace poco por el autor de este librito, buscad en él la villa de *Baraona*, y tendréis una heroína honra de su patria y digna de ser imitada.

Corría el tiempo de la Reconquista; los reyes de Castilla y Aragón se hacían cruda guerra; en aquella reinaba D. Alonso VI y en éste D. Alfonso I, que llegó con sus huestes á los llanos de la expresada villa, bien ajeno de pensar que una mujer pudiera darle batalla y vencerle luchando con él cuerpo á cuerpo en campo libre.

Aquella esforzada mujer fué D.^a María Pérez, á la cual premió el castellano D. Alonso dándola un anillo y el título de *Varona*, que ella transmitió al pueblo y éste conserva todavía en el nombre confundido de *Baraona*, que actualmente lleva.

II

Después de la patria, reclaman nuestro amor los que nos dieron la vida. Nuestros deberes para con ellos consisten en honrar su nombre con nuestra laboriosidad y bue-

nas costumbres, en obedecerlos y amarles.

En proporcionarles sustento cuando la vejez ó las enfermedades los imposibiliten para adquirírselo por sí mismos.

En asistirlos y cuidarlos en la enfermedad.

En dispensarles las rarezas é indisplacencias de la vejez.

En abstenernos de toda acción que los ofenda, en sufrir resignadas las correcciones que nos impongan y observar los consejos que nos dieren.

III

Puede llegar también, mis amadas niñas, un día en que el destino os imponga la difícil y peligrosa misión de amas de casa; si tal aconteciere, aprended para entonces que vuestros halagos y obediencia corresponden preferentemente al cabeza de ella, y vuestros desvelos y cuidados á la familia, y que debéis procurar con prudente conducta armonizar estos deberes con los relativos á los pa-

dres, teniendo muy en cuenta que sobre los últimos hay otros más imperiosos que no se pueden desatender sin peligro de alterar la paz y armonía del hogar doméstico.

Honrad, cuando eso suceda, al cabeza ó encargado de la casa, porque unidas van su buena fama y la vuestra como si fueran una sola; y si él falleciese, honrad también á sus padres, por lo mismo que os llamarán sus hijas y se interesarán en vuestro destino; porque sabido es que en la familia tienen sus manantiales las fuentes de la felicidad, y ninguna dicha puede compararse con la procedente de la piedad filial y la ternura de hermanos, cuyos recuerdos nos acompañan hasta el sepulcro, alimentan nuestro genio, nos deciden á la práctica de las virtudes, dominan nuestras pasiones, llenan de júbilo el corazón en la prosperidad y los reservamos como un último consuelo en el infortunio.

IV

Lo mismo que con los padres debemos obrar respecto de nuestros hermanos, porque con ellos compartimos la alegría y el dolor, juntos disfrutamos las caricias de una madre tierna, y muchas veces suelen también enjugar nuestras lágrimas, se duelen con nosotras y nos auxilian en la desgracia.

Forman además parte de las familias otros parientes á quienes debemos amar como á hermanos: tales son los tíos, primos, etc.

Si procuraríamos agradar á un extraño por ser nuestro semejante y porque su amistad podría sernos útil, con más razón debemos complacer á los parientes, con quienes nos unen lazos más íntimos y sagrados.

BÍBLICO.

Cuando el pueblo hebreo se gobernaba por jueces, concurrió Elimelech á establecerse en Moab

con su esposa Noemi y dos hijos. Transcurrido tiempo, el padre y los hijos murieron, quedando solas Noemi, su viuda, y las nueras Orpha y Ruth.

—Regresad á vuestro país, las dijo un día Noemi, y que Dios os recompense por todo lo que hicisteis por mi bien y el de mis hijos.

Orpha se volvió á su país moabita; mas Ruth dijo á su suegra:

—Vuestro pueblo será mi pueblo, y vuestro Dios mi Dios: en donde fuereis sepultada quiero morir también yo.

Y las dos llegaron á Bethleem en el tiempo de la siega. Ruth se fué á recoger las espigas que dejaban los segadores. Llegó al campo de Booz, pariente de Elimelech, quien, enterado de la fidelidad con que había seguido á su suegra, la dijo:

—Hija mía, sigue de cerca á mis segadores por donde sieguen; si tienes sed, bebe de su agua, y á las horas de comer, ven y comerás con nosotros.

Y dijo á los segadores:

—Dejad caer de intento bastantes espigas de las gavillas, para que no la cueste mucho trabajo recogerlas.

Y Ruth espigó hasta la tarde, habiendo recogido tres modios ó fanegas, que llevó á Noemi, juntamente con las sobras de la comida que á ella dieron, por lo cual ésta la enteró sobre las leyes del país, que autorizaban á la viuda para unir su suerte con la del pariente más próximo del compañero perdido.

Ruth unió la suya á la de Booz, y de su descendencia quiso nacer el Redentor.

V

Con todos los demás tenemos, finalmente, obligaciones que cumplir: debemos al superior y al anciano nuestros respetos y obediencia; al pobre, la conmiseración y la limosna; al desvalido, la caridad; á nuestras Maestras, la obediencia, el respeto, el amor y la gratitud; al amigo, la sinceridad y el reconocimiento; y á todos los demás semejantes, una prueba constante de consideración y aprecio.

Pero faltará al cumplimiento de estas obligaciones la que ofenda á su prójimo, y le ofende la que le mofa ó calumnia, quien le hiere en su persona, en sus haciendas ó en su honra. Yo he visto algunas niñas que han mofado á sus compañeras por defectos naturales que no está en su mano corregir. ¡Desgraciadas de ellas! No conocen que igual enfermedad y más repugnante puede acontecerlas. Sentirán entonces que se la echen en

cara, y no podrán quejarse, porque ellas han dado antes el ejemplo.

Meditad, mis queridas niñas, que la naturaleza concede la hermosura y el talento á las criaturas según le place; que á nosotras se nos aprecia por las buenas obras que practicamos; que no suele ser más discreta la más bella; que generalmente la niña deforme es más virtuosa que la que se engríe de su belleza, y la sociedad la guarda mayores consideraciones y mejor afecto.

MÁXIMAS BÍBLICAS.

Escucha las correcciones de tu padre y no deseches las advertencias de tu madre.

A quien maldice á su padre ó á su madre se le apagará la luz en medio de las tinieblas.

El hijo sabio es la alegría del padre, y el hijo necio la aflicción de su madre.

Quien rehusa aprender, caerá en desdichas.

No desees contra tu prójimo lo que no quieras que te suceda.

Ámense los hombres entre sí como hijos que son de un mismo Padre, que está en los cielos.

El alma justa mira hasta por la vida de sus bestias, pero las entrañas de los impíos son crueles.

VI

Respetad la honra de los demás, sin murmurar de ellos ni calumniarlos.

Murmurar es referir los aparentes defectos del prójimo á personas que los ignoran, con propósito de que le suceda mal, ó conversar contra la fama y honra de un ausente.

MARÍA.

Tengo seguridad de que al ocuparnos de la enseñanza de la Historia Sagrada, explicada en otros libros, aprendimos lo más preciso respecto de Moisés, el caudillo aquel que libertó al pueblo hebreo de la esclavitud de los Faraones egipcios conduciéndolo por el desierto á la tierra de promisión.

Cualquiera de ustedes, mis queridas niñas, sabe que fué echado al Nilo en una cestita de juncos, para libertarlo de la muerte decretada por el rey contra los hijos niños de los israelitas; que

una hermana suya, llamada María, siguió de vista la cuna, hasta que la halló, al bañarse, la hija de Faraón; y, saliéndola al encuentro, dijo á la princesa que ella sabía de una nodriza que se encargara del infante, volviendo así éste á parar en su propia madre bajo la denominación de hijo adoptivo de la del rey, en cuyo palacio se educó él después.

Lo que no dimos en advertir entonces fué que María salió también del Egipto con sus hermanos y compatriotas; que, como ellos, pasó el mar Rojo, caminó por el desierto y acabó por murmurar de su hermano, el caudillo, por envidia que sintió contra su cuñada Séfora.

Al punto vióse atacada de lepra, enfermedad muy contagiosa, por cuyo motivo estuvo siete días separada del campamento hasta la completa curación. Mas no fué este solo el castigo sufrido por sus murmuraciones, sino que falleció en Cades sin conocer la tierra prometida, y precisamente cuando la imagen del reposo israelita asomaba por su horizonte.

VII

La *calumnia* es mayor crimen todavía: consiste en inventar falsedades contra el prójimo y asegurarlas como ciertas, con la inversa intención de que le suceda grave daño.

Calumniar es el mayor delito que puede cometer la criatura, y el calumniador el peor de los malvados.

¡Ay de vosotras el día que cometierais ese horrible delito!

La existencia se os haría pesada; allí donde vieseis un semejante, creeríais hallar un juez que os amenazaba con publicar vuestras infamias; huiríais de él, pero su sombra os seguiría por todas partes, robaría la última sonrisa de vuestros labios, amargaría vuestro pan y turbaría vuestro sueño, y hasta os expondríais á sufrir desgracia semejante á la que recayó sobre los viejos calumniadores de Susana, de que ya os tengo hablado.

MÁXIMAS BÍBLICAS.

El detractor oculto es semejante á la sierpe, que pica sin hacer ruido.

El Señor abomina los labios mentirosos. El que refrena sus labios es hombre muy prudente.

Quien guarda su boca, guarda su alma; pero el inconsiderado en hablar sentirá los perjuicios.

No hay tinieblas, no hay sombras de muerte que basten para ocultar á los que obran la iniquidad.

Guarda en tu corazón los mandamientos de Dios, porque ellos te colmarán de largos años de vida y de paz.



No terminaremos este pequeño libro sin llamaros la atención hacia el desprecio con que aturcidas jóvenes suelen producirse con los procedentes de extraños países, cuando la necesidad ó la desgracia los conduce al nuestro en busca de hospitalidad. Vicio que, sobre ser punible, más aun que al ofendido perjudica al ofensor y á su patria.

Si un gran señor llegase á visitaros cuando los muebles de la casa estuviesen en el mayor desorden, os apresuraríais á ordenarlos para conservar el buen concepto que vuestros papás le merecieran.

Esto prescindiendo de las reglas y deberes de la moral y buena educación que nos obligan igualmente con propios y extraños.

¿Por qué no evitar con mayor diligencia el desorden de nuestras costumbres, cuando personas extranjeras llegan demandándonos la protección que las niega el suyo?

Además, constituyendo, como constituyen, las naciones una sola familia, todos los seres racionales deben también considerarse como hermanos, con la obligación de auxiliarse mutuamente, y esta obligación nos comprende á nosotras en primer lugar, por cuanto se tiene casi por axiomático que el corazón de la mujer proscribe las distancias, que dificultan la paz y la amistad de los hombres entre sí.

RAHAB.

Tenemos ya una breve noticia sobre la salida de los Israelitas de Egipto, de su viaje por el desierto, de la tierra ó país de Canaán, que les había sido prometido, y del caudillo Moisés, que les guiaba. Muerto éste, le sucedió Josué, quien, después de anunciar al pueblo la proximidad de su entrada en el país Cananeo, envió dos exploradores para que le informaran lo más conveniente acerca de

Jericó, ciudad situada en la ribera opuesta y á dos leguas del río Jordán. Actualmente la ribera esa, entonces llena de vida y poesía, es un campo árido cubierto de blanquecinas arenas, que aparentan estar impregnadas de las sales que derraman por aquellos contornos las evaporaciones del Mar Muerto.

Los dos exploradores llegaron á las puertas de Jericó, y en ellas se habían detenido, cuando una joven, cubierta con blanco y largo velo, que iba á tomar agua, se les acercó diciendo: «Extranjeros, la casa de Rahab está abierta para vosotros; no temáis descansar en ella, sea cualquiera el objeto que os conduce á nuestros muros.» Y los exploradores aceptaron la hospitalidad.

No bien habían entrado, cuando las tropas de la guarnición llegaron á inquirir sobre su permanencia; mas la cananea supo salvarlos, mereciendo por esta acción que sola ella, su familia y aquellos por quienes ella intercedió, fuesen los que se salvaron cuando su ciudad cayó en poder de los hebreos.

FIN

